

# La Guardia Civil en el Alzamiento Nacional

## LA COLUMNA DE PUEBLA DE VALVERDE

Por JUAN B. MARI CLERIGUES  
Comandante del Cuerpo, retirado

### I

La actuación de la columna de Puebla de Valverde (Teruel) es un episodio, de los comienzos de la guerra civil española de 1936, poco conocido. Como Teniente de la misma, fui protagonista de aquellos episodios que, iniciados con la sublevación de tres Compañías de la Guardia Civil en 29 de julio, tuvieron como éxito final nuestra entrada en Teruel cuando esta ciudad, muy precariamente ganada para la Causa Nacional, estaba a punto de perderse.

Es mi propósito exponer los hechos tal como los presencié y ceñirnos con toda honestidad al relato objetivo. Respecto de las vicisitudes de la citada columna se publicaron poco después algunos artículos de Prensa, así como un folleto, el cual llegó a nuestras manos por conducto de unos guardias, un poco indignados por la forma de contar los hechos.

Por otra parte, en relación con lo acaecido en la sublevación de la Guardia Civil de la aludida columna, no existe ninguna obra que la estudie seriamente. Sin embargo, pronto verá el lector el interés que pueda tener, dadas las circunstancias y el desarrollo de los acontecimientos en aquellos primeros días del Alzamiento.

### ANTECEDENTES DE LA CRUZADA

Para los que desconozcan cómo pudieron producirse los hechos, conviene retrotraernos un poco a lo que venía sucediendo en el país. Notorio es que parte del pueblo español sentía su inquietud al alborear el verano de 1936; pero otros muchos españoles no podían prever que aquel verano iba a ser preludio de un gran desastre nacional. Tal era el desbarajuste social y político, que para examinarlo habría que tener espacio menos limitado que el nuestro y salir un tanto del tema que nos ocupa.

El español apacible no se paraba a pensar en teatros de grandes tragedias;

pero los que por algún motivo se hallaban más cerca de la vida pública, como eran los guardias civiles y, en general, los Cuerpos armados y los prohombres de la política, podían advertir el próximo desenlace de la escena.

Durante la Segunda República se pasaron días aciagos, turbulentos, sin que las masas pudiesen comprender que no era aquél el mejor medio para el logro de sus fines sociales. Y las nuevas generaciones, salvo las excepciones de los jóvenes estudiosos, tampoco creen que fuese tan caótica la situación de aquellos años, sin duda porque no sufrieron sobre sus espaldas las consecuencias de tanta incompreensión, de tanta lucha de clases y de aquel desatado y enrarecido ambiente social y político.

El final no pudo ser más desconsolador y funesto, pasando de una relativa convivencia al odio, es decir, de las huelgas y el desorden de toda índole, de los incendios y de los atentados, a una guerra feroz entre compatriotas, que alcanzó a todos: altos y bajos, propietarios y proletarios, viejos y jóvenes.

Pues bien; en medio de aquel caos tenía que actuar la Guardia Civil, siempre ceñida al dictado de órdenes de autoridades sin autoridad, impotentes para imponer orden, ni en lo social, ni en lo económico, ni en lo político, como deseando dar al traste con muchos siglos de cultura y progreso. Por algo diría Gavinet, muchos años antes, que el español vive en perpetua guerra civil y que las ideas, en vez de servir para crear obras durables aprovechando lo viejo, servían para aniquilarlo todo, pereciendo ellas mismas entre ruinas.

Como en cualquier obra que estudie la Segunda República española puede leerse lo que durante sus cinco años sucedió, huelga que aquí pretendamos recordar cómo los guardias civiles tenían que pechar un día y otro con los desórdenes, con los extremismos huelguísticos, con la quema de iglesias y campos, y con los atentados. Un Cuerpo, creado noventa años antes para reprimir todo eso, tenía que limitar su actuación a los dictados de algunas autoridades que desconocían los más elementales principios de un régimen republicano.

Advino la República el 14 de abril sin esperarlo los propios republicanos. El Rey, ante el resultado de las elecciones de dos días antes, no quiso que se vertiese sangre en el país, y sin que expongamos nuestro criterio sobre el particular, sabido es lo que luego ocurrió. Recuérdese que el 13 de mayo, el entonces monárquico sin rey y titular de la cartera de Gobernación, Miguel Maura Gamazo, pudo ver muchas calles de Madrid iluminadas por las llamas de los incendios. Se diría que el que no prendía fuego a un templo o insultaba a la Guardia Civil no era buen republicano; hasta el punto de que los propios republicanos históricos pronto fueron relegados a segundo término.

Aquel mismo titular de Gobernación tardó un poco en proclamar el fracaso del régimen republicano; pero, al fin, en la Prensa dijo, poco antes del Alzamiento: «Los electores dieron el triunfo, por escasa mayoría de votantes, al Frente Popular (se refería a las últimas elecciones de la República). Y cuan-

do va a desarrollar desde el Poder su programa, surge el tropiezo que hace tambalearse a la institución parlamentaria y pone en entredicho la eficacia de todo el sistema político vigente.» Luego añade: «Y es que, una vez más, la realidad se impone con fuerza inexorable, y la realidad es que hoy, a pesar de los buenos propósitos del Gobierno y aun de los directores de las fuerzas obreras, la indisciplina nacional es ya insoportable; el Poder público es ya impotente para dominarla; los bandos beligerantes —y ya son más de dos— se entregan al bárbaro deporte de la caza del hombre.»

Estas palabras de un prohombre republicano eran sólo un opaco reflejo de la realidad. Nada descubrimos, pues, al decir que en 1936 la indisciplina nacional era insoportable y que muchos individuos se ejercitaban en el deporte de la caza del hombre. Pero todo aquello lo podían haber previsto los gobernantes republicanos al principio de la República, pues las huelgas, los incendios y los atentados, así como el ateísmo y el antimilitarismo, eran bien conocidos de cinco años antes.

El Frente Popular dio pie al término de aquel régimen porque, en vez de rectificar los errores, lo que hizo fue encender la mecha. No podía tener otro origen la carta que el 23 de junio de 1936 dirigió el entonces Comandante Militar de Canarias al Ministro de la Guerra y Jefe del Gobierno, Casares Quiroga. El autor era el hoy Generalísimo y Jefe del Estado. Advertía al Gobierno del peligro que suponía lo que estaba ocurriendo en el país, así como la inquietud que se notaba en el espíritu de la oficialidad; pero los directivos de aquel régimen hicieron caso omiso de advertencias y consejos. Téngase presente que dicha carta se escribió veinte días antes del asesinato de Calvo Sotelo.

#### EL ALZAMIENTO EN LA PLANA

Al enterarme del asesinato de Calvo Sotelo abrigué la impresión de que la guerra civil era cuestión de poco tiempo. Cuatro años antes, transcurrido un año de República, también había vaticinado, en charla con un carmelita en su fábrica de licores de Benicasim, que la República podría mal vivir cinco años en total. Su duración fue de tres meses más. Fundábamos nuestra opinión en que aquel régimen vino por impulso de los propios monárquicos sin rey. El fraile opinaba que duraría un año más.

El año último había proporcionado a La Plana una espléndida temporada naranjera. El elemento obrero no podía quejarse de su suerte; sin embargo, parte del mismo aceptaba la moda del extremismo, y no pocos señores de orden, riados quizá en los laureles ganados con los negocios, no podían pensar que la situación desembocaba en tragedia.

No tardaron las confusas noticias en preocupar a unos y a otros. Sólo faltaba conocer las proporciones del Movimiento.

Llegaron al fin noticias de que el Ejército de Africa se había sublevado el día 17. Al parecer, tropas de Melilla se habían apoderado de la plaza, disponién-

dose a embarcar para la Península. El día siguiente reuní la fuerza de la cabecera de la Línea, aconsejando cautela y disciplina si los rumores se confirmaban. Había que incitar a los guardias a que estuviesen en todo instante pendientes del mando, que era quien con más conocimiento de causa y autoridad podía dar las oportunas órdenes, en nuestra convicción de que la República tocaba a su término.

Nuestro deber, pues, por el momento, era guardar la vida de las personas, la propiedad y el orden. Hasta tanto los superiores diesen las órdenes pertinentes, las nuestras estaban dadas. Los guardias bien mandados adquieren pronto el hábito de la obediencia; pero, además, en aquellas circunstancias no podían olvidar los tristes sucesos que en el campo, en las fábricas y en las calles de pueblos y ciudades se venían desarrollando en el país, en especial desde la subida al Poder del Frente Popular.

El comentario y la preocupación era general. Sobre todo, el ambiente político se caldeó con rapidez. La inquietud de las autoridades locales y de los Jefes políticos de izquierdas notábase en sus semblantes. Con la primera autoridad local hablé sobre la situación, coincidiendo ambos en el deseo de guardar el orden. Pero los extremistas de la F. A. I. y C. N. T., Sindicalistas Libertarios y Comunistas, estaban nerviosos. Los representantes del Centro Obrero, con más de tres mil afiliados, celebraban reuniones con la U. G. T., Socialistas y otros elementos Federales y de Izquierda Republicana. El Comité del Frente Popular se entrevistó con el Alcalde. Diríase que, en la forma, mostraban deseos de que no se alterase el orden local; si bien, su preocupación por las noticias que se iban dando por radio veíase en sus caras.

Con el Teniente de Carabineros, don Colón Martínez, tuve una breve conversación. Ninguno de los dos sabíamos concretamente lo que pasaba.

El mismo día 17 pasé revista al Puesto de Nules; el 18 por la tarde fui a Vall de Uxó, pero antes de salir me dijeron unos viajeros en la estación del ferrocarril, procedentes de Valencia, que en Sevilla y en la capital levantina habían desembarcado tropas de Regulares y Tercio, cosa no confirmada luego. Mientras tanto, de la Comandancia no recibía orden alguna.

Ni en Vall de Uxó, que tenía un centro socialista importante, ni en el Centro Obrero «Alba Social» de nuestra residencia, ni en los quinientos individuos de Izquierda Republicana de la misma, ni aun en los demás partidos extremistas, ocurría nada digno de mención. En resumen: La Línea de Burriana, seguramente la más importante de la provincia, tanto por su población como por su riqueza y sus Centros Obreros, conservaba una calma relativa.

El 19 iban llegando noticias más concretas de los sucesos de Melilla, así como de la Península. Paralelamente, la agitada actitud de los elementos de izquierdas aumentaba. Por todas partes se veían obreros deambulando como alocados. Y en el Centro Obrero se acordaba declarar la huelga general indefinida hasta que la «militarada», como decían, fuese sofocada por el pueblo.

En honor a la verdad, la conducta del Alcalde, aunque un tanto nervioso por las noticias, era lo prudente que las circunstancias permitían. La opinión de imponer orden era compartida por casi todos los dirigentes moderados del Frente Popular local.

Los hechos, que el Gobierno trataba de ocultar o desfigurar, adquirirían cada vez mayor trascendencia. En su vista, procuré alertar a mis subordinados a la vez que la Alcaldía publicaba un bando ordenando la recogida de armas a cuantos no pertenecieran al Frente Popular, advirtiéndolo, además, a los vecinos, que serían multados los que recogiesen las noticias radiadas de Sevilla. No obstante, muchos las escuchábamos, único modo de enterarse de lo que sucedía.

Desde su famoso micrófono, decía Queipo de Llano que el Ejército de África se había sublevado contra el Gobierno de Madrid; que las tropas, al mando del General Franco, embarcaban rumbo a España; que él mismo, con tropas de la guarnición sevillana, se había apoderado de la capital; que en Barcelona trataba de hacer lo mismo el General Goded; que el General Mola se dirigía con requetés y fuerzas de las provincias del Norte hacia Madrid; que en Zaragoza el General Cabanellas había dominado la situación de todo Aragón; que las demás guarniciones estaban con el Movimiento, etc. Contrariamente, el Gobierno censuraba la Prensa y las emisoras de radio, dando por fracasado el Movimiento.

Las autoridades republicanas tenían confianza en dominar la situación, a la par que Radio Barcelona daba alarmantes noticias respecto de sus calles ensangrentadas, pidiendo que las farmacias estuviesen abiertas día y noche, así como la colaboración de médicos, practicantes y enfermeras. Con todo, el Gobierno insistía en que el Movimiento «rebelde» sería dominado en pocas horas.

La noche del 19 al 20 la pasamos en el Ayuntamiento sin pegar un ojo, donde se reunían con el Alcalde los demás Jefes del Frente Popular y elementos comunistas. Algunos de estos, después de escuchar a Queipo de Llano, se revolvían nerviosos, y algunos de los extremistas, que conocíamos por haberlos detenido dos años antes por fabricación y uso ilegal de explosivos, clamaban contra la sublevación de los militares, y aun contra sus camaradas del Frente Popular por su deseo de imponer el orden local.

Esa noche del domingo no fue muy tranquila. Después de acordar el Comité del Frente Popular que al día siguiente se acudiría al trabajo, el presidente del Centro Obrero comunicó al Alcalde el acuerdo de continuar en huelga indefinida, opinando el Alcalde que se debía respetar el acuerdo del Comité, quizá llevado de nuestro consejo. Se ve, pues, que la disciplina y el acatamiento a la autoridad comenzaba a fallar. En su descargo decían los obreros que en Valencia y otras capitales seguían en huelga.

A las cinco horas del día veinte llegó la noticia, por medio de un guardia municipal, de que varios extremistas intentaban prender fuego al Gran Casino. Habían amontonado muebles y sacado un cubo de gasolina de un surtidor. Como el Alcalde viese que no estábamos dispuestos a consentir aquello, se

impuso contra el intento, auxiliado por el propio presidente del Centro Obrero, lo que dio pie a una acalorada discusión con los extremistas.

En la madrugada del domingo, día 19, dimitió Casares Quiroga, nombrándose Jefe del Gobierno a Martínez Barrio; pero, pocas horas más tarde, éste fue designado Jefe de la Junta Delegada de Gobierno de la ciudad del Turia, a donde se trasladó inmediatamente, sin duda en evitación de la sublevación de la región levantina, quedando de Jefe del Gobierno el señor Giral.

El General Goded, fiando probablemente en el éxito del Movimiento en Valencia y creyendo dejar dominadas las Baleares, llegó tarde a Barcelona dicho día, donde, a la vista, los muertos se contaban por centenares y los heridos por miles.

Lo expuesto basta para ver que la situación era crítica para el Movimiento Nacional durante los primeros días; cuartel de la Montaña, la Marina y la Aviación divididas, Asturias y casi todo el Norte, Málaga, Albacete, Valencia, Guadalajara, etc., y, para final, la muerte de Sanjurjo cuando se estrelló con el avión que le traía desde Cascaes (Portugal).

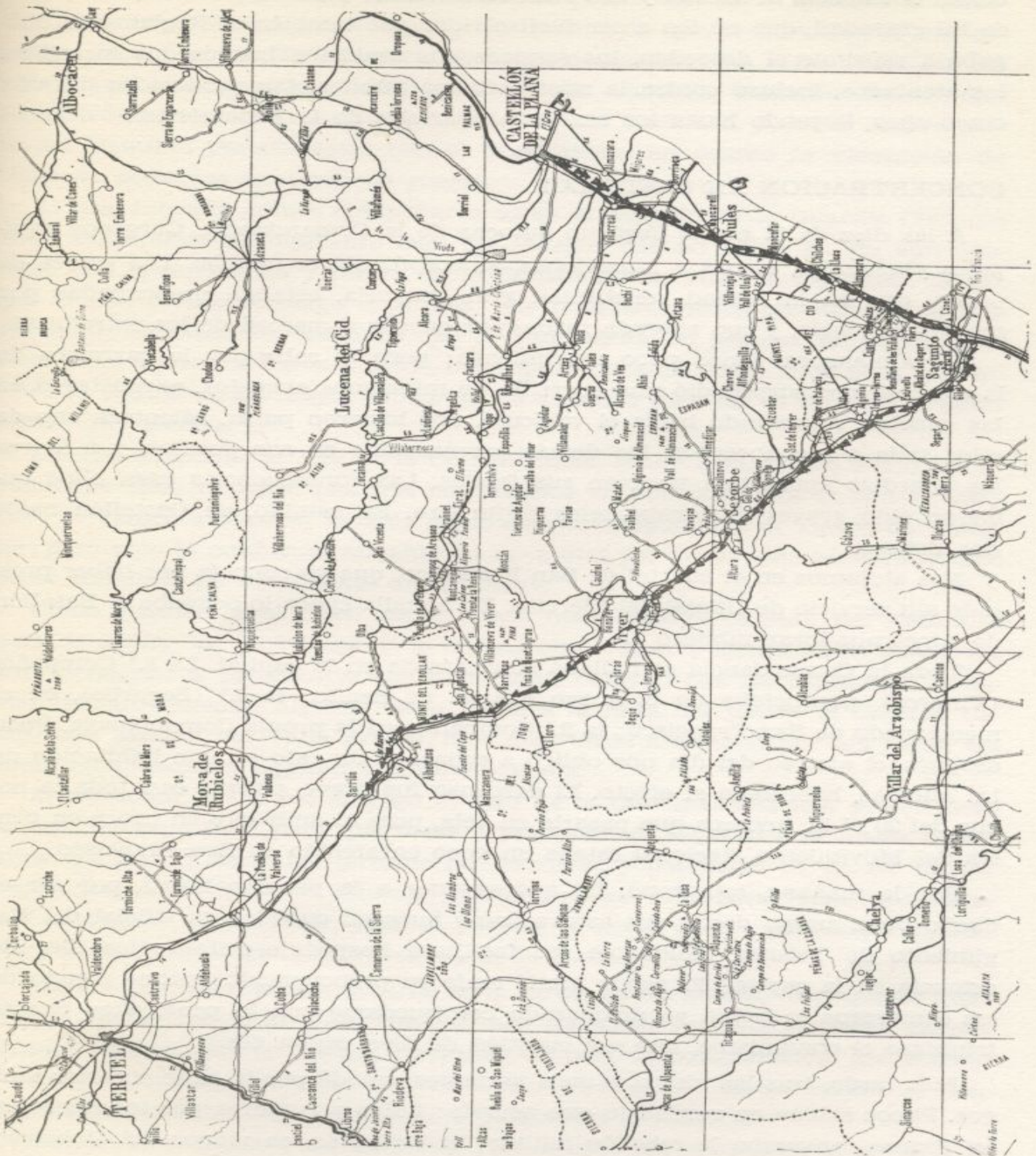
#### LA PRIMERA ORDEN

Recibí, a mediodía del 20, una orden, que no fue precisamente la que esperaba. El Jefe de la Comandancia ordenaba la concentración sobre la capital. Decía: «Urgentemente se concentrará usted con toda la fuerza de ese Puesto en esta capital, debiendo encargar a las familias que queden en la Casacuartel que no tengan cuidado ni recelo alguno en lo que respecta a su seguridad, pues por orden del Gobierno quedarán al amparo y protección de las autoridades locales.»

Como no éramos tan optimistas, aconsejé a los guardias que sus familias deberían abandonar el cuartel y alojarse en casa de familiares y amigos. Así lo hicieron antes de que el cuartel fuese entregado en forma reglamentaria a una Comisión del Ayuntamiento, que designó a dos guardias municipales para su custodia.

#### UNA CIRCULAR URGENTISIMA

De la Inspección General de la Guardia Civil recibiose el siguiente radiograma, fechado el 18 de julio, para que se transmitiese a los Puestos: «Algunas fuerzas del Ejército, sublevadas en Africa, se han incautado de la Estación de Radio del Instituto de Tetuán. Lo que comunico a todas las Unidades del Cuerpo por orden del Ministro de la Gobernación para que se consideren facciosas todas las proclamas que empezará a lanzar dicha Estación, propalando noticias falsas. Las comunicaciones y órdenes emanadas del Gobierno legítimo y de esta Inspección General serán cursadas por la Estación Central. Exhorto a todos a que cumplan con absoluta lealtad el precepto reglamentario de permanecer siempre fieles al deber por honor de la Institución.»



Croquis con la marcha de la columna de la Guardia Civil de Castellón hacia Teruel

Sobre esta Circular poco he de decir. El Inspector General de la Guardia Civil, General Pozas, de la confianza del partido socialista, apelaba a la tradicional obediencia al mando y al Poder constituido; pero las circunstancias eran de tal gravedad, que no iba a ser fácil olvidar que también el Reglamento obligaba a reprimir el desorden, los saqueos, los asaltos a bancos, los incendios, los atentados, incluso contra la misma fuerza pública, tan prodigados durante cinco años, llegando hasta los asaltos a cuarteles de la Benemérita.

#### CONCENTRACION EN CASTELLON

A las diez de la noche llegó un autocar de la Comandancia. Cargados equipajes personales, armas y municiones, se emprendió la marcha. Las gentes de orden, que en la ciudad constituían gran mayoría, estaban preocupadas por nuestra ausencia, y con sobrada razón, por quedar a merced de los extremistas.

En Almazora vimos poco movimiento; pero al salir por la carretera de la estación nos sorprendió una guerrilla de milicianos armados, parapetados en las cunetas. Apuntando hacia el vehículo, nos hicieron parar. Mientras uno de ellos salía a reconocernos, los demás permanecían en sus puestos, y a la vez los guardias apuntaban también sus fusiles. Las consecuencias para ellos hubieran sido graves de escapárseles algún tiro. En cambio, en Castellón nadie nos detuvo.

Nos alojamos en el cuartel de San Francisco, que ya conocía por haber prestado allí servicio de Oficial del Ejército. En aquella época lo ocupaba el Batallón de Ametralladoras número 1.

Toda la Comandancia se hallaba concentrada en la capital. La 3.<sup>a</sup> Compañía (Vinaroz) pernoctaba en el nuevo cuartel de Asalto; la 1.<sup>a</sup> (Segorbe), en el mencionado de San Francisco; la 2.<sup>a</sup> Compañía, en la propia Comandancia. Poco después el ajetreo del día nos obligó a echarnos un rato en una habitación de las oficinas, habilitada al efecto. El descanso fue breve, porque casi toda la noche del 20 al 21 tuvimos que pasarla en vela, pues el ambiente en pro y en contra del Movimiento Nacional estaba un poco enrarecido en San Francisco.

Por la mañana, temprano, fui a desayunar a la pensión Martí, por ser el dueño buen amigo desde que estuve como huésped cuando era Oficial del Regimiento de Tetuán, pidiéndole me facilitase hospedaje durante los días de estancia en la capital. El señor Martí tenía su preocupación porque alguno de los camareros lo había ya amenazado con quedarse con la pensión en cuanto triunfase el comunismo, que era cuestión de días, según ellos.

Más tarde, tras las visitas a unos parientes, saludé por la calle a varios amigos. Pocos sabían en verdad lo que ocurría: bulos y rumores por todas partes. La Prensa censuraba la rebelión militar; las emisoras, en manos del Gobierno, daban las noticias que podían.

Me encontré con dos compañeros: los Capitanes don Enrique Perales y don

José del Amo Peris, ambos de la promoción anterior. El primero estaba retirado por la Ley de Azaña, y el segundo, destinado en el Batallón de Ametralladoras. Nos sentamos en el Casino Antiguo, donde charlamos un rato sobre la situación. Del Amo, enlace con Valencia, nos enteró de que el Movimiento era general, o sea, que también Valencia se había comprometido, como todas las demás guarniciones; que en Castellón el Jefe del Batallón, Teniente Coronel don Primitivo Peire y acaso algún Comandante, eran azañistas, y que la mayor parte del Batallón parecía estar con el Movimiento en cuanto la guarnición de Valencia declarase el estado de guerra.

Al preguntarme ambos compañeros sobre el espíritu de la Guardia Civil, no pude asegurarles de momento cuál era, puesto que no había tenido aún contacto con la oficialidad y fuerza de la Comandancia, salvo la excepción de los que habían estado conmigo esos días, que indudablemente secundarían el Movimiento. No obstante, creíamos que la Benemérita, en general, no podía ir en contra del Ejército. Había sufrido demasiado durante cinco años para que hiciese lo contrario. La mayor dificultad de aquellos días fue el fallo de la guarnición de Valencia.

Marché a saludar al Jefe de la Comandancia, señor Estarás, así como al Comandante Ríos Romera. Los tres coincidimos en que debíamos ir con el Ejército. El Teniente Coronel Estarás mandaba accidentalmente el Tercio de Valencia; pero ante la confusión reinante en la capital del Turia poco hubiera podido hacer tomando personalmente dicho mando.

Como también en el Hotel Martí estaba hospedado el Capitán Del Amo, a la hora de comer compartíamos en la misma mesa nuestra identidad de pareceres, advirtiéndonos el propietario que tuviésemos cuidado con los camareros al hablar del Movimiento. Algunas veces venía a la hora del postre el Capitán Cajero don Manuel del Valle Frutos, días más tarde asesinado por los rojos, así como igualmente el Capitán Del Amo y otros.

Al mediodía del 21 me entregó el Jefe de la Comandancia una orden escrita del Gobierno Civil para que fuese a practicar un registro a la masía de los hijos del Conde Berbedel, término de Burriana, y detención de un tal Montenegro, jefe de F. E. T., de Murcia. También se me dio orden verbal para auxiliar al Alcalde de Burriana, pues al parecer la masa obrera provocaba conflictos y desórdenes desde nuestra salida de la ciudad.

Marché por Villarreal, a las tres de la tarde, en un autocar con quince guardias. Al pasar frente al Ayuntamiento nos rodearon varios y nutridos grupos. Aunque continuaban en huelga, contenían un poco su exasperación. Me entretuve con el Alcalde y el Oficial de Carabineros y, haciendo demostración de fuerza para tranquilizar a la población, proseguimos la marcha.

Efectuado el registro sin novedad, regresamos por Almazora a las siete de la tarde, donde nuevamente los milicianos nos pararon. Metidos en las cunetas, a excepción de uno que salió a hablar conmigo, tuve con él agrias palabras, ase-

gurándole que, caso de volver por allí, no nos pararíamos; contestando que no podían fiarse de nadie, pues también había Guardia Civil enemiga de la República.

El día 22 entré de guardia en el cuartel de Asalto. Aunque por las calles se veían grupos extremistas y los obreros continuaban en huelga, la capital todavía disfrutaba de cierta tranquilidad. Ese día se hablaba ya de la formación de una columna de Guardia Civil y milicianos armados para ir a reducir a los «sediciosos» de Teruel.

El Jefe de la Comandancia vino por la tarde al cuartel de referencia. A los Oficiales presentes nos habló sobre la crítica situación y, como estuviese convencido de que ni en Valencia ni en Castellón sus guarniciones podrían ya salir a la calle, coincidimos en que si, en efecto, salíamos hacia Teruel, sobre la marcha haríamos lo que el honor y la Patria demandaban.

#### INCIDENTE EN SAN FRANCISCO

El día 23 continuaba la tirantez dentro del Batallón de Ametralladoras entre su Jefe y demás Oficiales; esta vez con motivo de la orden dada para entregar trescientos fusiles a los milicianos. Se consultó al General de la División, señor Martínez Monje, que al parecer no lo autorizaba mientras no diese la orden el Ministro de la Guerra.

Llegó en eso a Valencia Martínez Barrio, Jefe de la Delegada del Gobierno en la región, enviando telegrama al Batallón para que fuese entregado el armamento.

La oficialidad, en su mayoría, protestó. La entrega del armamento al Gobierno Civil fue un motivo para aumentar la tensión, y como en San Francisco cundía el desaliento, la Guardia Civil allí alojada tenía que estar con el fusil en la mano, a la vez que nos apuntaban algunas ametralladoras, desde tejados y ventanas, al comedor, dormitorio de la 1.<sup>a</sup> Compañía.

Se recibieron noticias de que en Valencia ardía la Catedral y la Virgen de los Desamparados; que algunos Oficiales y tropa de la sublevada Comandancia de Albacete habían ingresado en las Torres de Cuarte; que el Jefe de la Junta Delegada habíase adueñado de la situación en la región, ocasionando la natural desorientación de las guarniciones. Así, pues, en Levante poco quedaba por hacer.

A las siete de la noche el jefe del Batallón reunió parte de sus Oficiales en el cuartel, prohibiéndoles dormir en el mismo si no estaban de servicio. Sonaron palabras fuertes; pero de ahí no pasó la protesta.

Nuestra Compañía seguía atenta a lo que pudiera suceder. La actitud de las clases del Batallón, afectas al Gobierno, nos obligaban a velar las armas. El jefe del Batallón, ante la enérgica actitud del Comandante García Vallejo, al parecer afecto al Movimiento, arrestole en su casa, así como a los Capitanes

don Ignacio Cervelló y Del Amo. Los arrestados no querían ir a dormir a sus casas, en parte por temor a ser asesinados, ya que día y noche eran vigilados. Intervinieron el jefe de Cuartel y el Capitán Ayudante y, al fin, cuando el jefe del Batallón preguntó por teléfono desde el Gobierno Civil, todo había terminado. Eran las dos de la madrugada.

### INCENDIO EN VILLARREAL

Llegaron los incendios. El día 24 nos levantamos temprano, pues en Villarreal ardía el convento de los franciscanos. Se me ordenó que marchase en un autocar, con quince o veinte guardias para su extinción. Llegamos al amanecer. Villarreal es la mayor ciudad de la provincia, exceptuada la capital, rica en naranja y agricultura en general.

En el Ayuntamiento encontré un grupo de milicianos armados. La preciosa iglesia dedicada a San Jaime seguía en pie, así como la venerada capilla de San Pascual, convertida en solar durante la guerra civil.

El Alcalde, cuyo nombre omito, pero no su apodo, «el Chepa», no quiso acompañarnos al lugar del incendio, pretextando que tenía trabajo. Ordené que los bomberos procediesen a la extinción del incendio, enterándome de que antes les habían prohibido acudir. El edificio hacía más de dos horas que estaba ardiendo por la explosión simultánea de varios petardos. Nadie sabía de las llaves de la iglesia. Al fin, una mujer de unos sesenta años, dijo que las tenía el Teniente de Alcalde, al que me impuse para que las entregase.

Un joven de unos veintitrés a veinticinco años, de estatura más bien baja, presidente o vicepresidente de la C. E. D. A., nos pidió hiciésemos lo posible para salvar la biblioteca, contigua al templo, de gran valor. Tuve que buscar un camión, una escalera y un pico para romper una ventana, por la que se sacaron dos o tres camiones de libros, dejando de proseguir el trabajo en vista de que el fuego ya no era un peligro.

Podía presumir que si no eran las mismas autoridades locales los autores materiales del incendio, sí al menos instigadores y encubridores. De ahí que incitase al Alcalde a que me acompañase a ver al Gobernador civil. En el coche me enseñó una pistola, quizá para que me sirviese de advertencia. Yo tenía la mía y, además, me seguían a corta distancia mis guardias, preparados por si algo ocurría. El Gobernador interrogó al Alcalde, y al despedirle me preguntó sobre la verdad del hecho. Se lo conté y dijo: «Ya me lo figuraba.»

### INCENDIOS EN CASTELLON

Pocas horas habían transcurrido desde que el Gobernador civil había recusado la conducta del Alcalde de Villarreal hasta que en la capital ardiesen también dos templos: Santa María y la Trinidad. Ya no eran días para que



El autor, días después de la sublevación y en el lugar en que esta se produjo

un Gobernador tratase de imponer su autoridad, ni siquiera sobre una autoridad subordinada.

También el Jefe de la Comandancia había dicho que se opondría a los desmanes; pero estábamos persuadidos de que sus deseos se estrellarían, puesto que se ejercía ya el deporte de los incendios.

Cuando se avisó al cuartel de San Francisco que estaban ardiendo dichos templos, salió fuerza de la Benemérita. El Teniente don José Muñiz, competente Oficial, asesinado días después en Onda, donde los extremistas le habían hecho la vida imposible estando de Jefe de Línea poco antes, pistola en mano hizo salir de Santa María a un grupo de incendiarios. En ausencia del Capitán, salí de San Francisco al mando de la 1.<sup>a</sup> Compañía. Marchamos por las Rondas; algunos grupos de extremistas iban y venían por la ciudad; llegamos al cuartel de Asalto, donde el Capitán de la 3.<sup>a</sup> Compañía nos esperaba a la puerta con sus Oficiales, y al enterarse de nuestro objetivo nos dijo: «Creía que se había usted sublevado.» Le contesté que la orden recibida era la que estábamos cumpliendo; pero que, aun así, si él, como más caracterizado, estaba dispuesto con su Unidad, me unía con la mía. Meditó, y calló.

#### FORMACION DE LA COLUMNA DE PUEBLA. SEGUNDO INCIDENTE EN SAN FRANCISCO

Se había confirmado el día 24 que una columna de Guardia Civil y milicianos salía al día siguiente hacia Teruel. Efectivamente, el 25, a las 10 de la noche, se hallaba preparada la fuerza.

Se habían organizado las dos Compañías de Segorbe y Vinaroz, así como unos 500 milicianos, más algunas fuerzas de Valencia, mandadas todas por un jefe de aquella capital. La columna iba a ser motorizada, a base de autobuses y coches ligeros requisados. De las Compañías de Castellón formarían sólo los guardias de a pie, quedando en la capital la caballería.

Como es natural, preocupó a algunos la confirmación de la salida, principalmente porque no iba toda la Comandancia. Si dudosa era la suerte de los que se iban, no lo sería menos la de los que se quedaban. Otra gran preocupación era tener que ir con los milicianos. Aun así, cuando algún guardia protestó de que otros compañeros buscasen el modo de no salir en la columna, mi contestación les persuadió de que la desgracia era quedarse en la ciudad.

Cené en el mismo cuartel de San Francisco en compañía del Teniente Coronel de Carabineros, señor Ramos, Ayudante del General Queipo de Llano. Este Jefe era hermano de un Comandante del mismo Cuerpo en Castellón. Se hallaba arrestado «en banderas» por el hecho de ser Ayudante del General sublevado en Sevilla. Le había sorprendido el Alzamiento veraneando en la playa de Alcocebre (Castellón). Por nuestra conversación vi su anhelo de que triunfase el Movimiento, estando preocupado por su suerte. Luego salimos al jardín, situado en la puerta principal, junto a la carretera de Valencia. Las autoridades llegaron poco después para despedir a la columna.

Por los alrededores del cuartel había muchas familias y amigos de los guardias, así como de los milicianos expedicionarios. Como las armas para las milicias se habían llevado a Nules, donde tenían que serles entregadas, los milicianos formaron en columna de a tres frente a la puerta. Pidieron sus armas, y cómo se les dijese que las tenían en Nules, donde les esperaba el Gobernador, respondieron airados que no salían de Castellón desarmados.

No conformes con los argumentos de sus dirigentes, la protesta fue mayúscula. Muchos milicianos, entre un griterío obcecado, invitaban a sus camaradas a irse a sus casas. Como el escándalo no cesaba, intervino un diputado socialista por Castellón, pidiéndoles que depusiesen su actitud con disciplina; pero a nosotros nos pareció que eso era pedir peras al olmo. Que la cosa estaba al rojo vivo lo demuestra el hecho de que, lejos de obedecer al diputado, arreció más la protesta.

Se proferían gritos amenazadores, y como la confusión iba «in crescendo» la gente despejó los jardines y calles inmediatas con rapidez cuando vio que el Oficial de guardia del Batallón de Ametralladoras ordenó en voz alta a sus soldados formar y cargar las armas. Los soldados se parapetaron tras el muro de entrada al cuartel, cargando y apuntando sus fusiles.

Hombres, mujeres y niños corrían en todas direcciones. Algunos de los milicianos, todavía formados, salieron de su formación; pero otros presentaban el pecho diciendo a los soldados que podían tirar. Así, pues, el instante

fue de extrema gravedad. Se impuso un poco la cordura, marchando al fin a Nules a coger sus armas. Sin duda el instinto de conservación, más que el espíritu de disciplina, les había aconsejado. Con estos síntomas no podrá extrañar al lector lo que pudiera ocurrir días después en Puebla de Valverde. Por lo mismo, nos pareció que el Gobierno de Madrid no podría ganar la guerra, a pesar de los resortes del Poder y de tener de su parte Madrid, Barcelona, Valencia y la parte más importante del país.

Las palabras del diputado Casas Sala, pronunciadas cuatro días después en Teruel, fueron inteligentes, si bien tardías: «Sabía yo que los guardias y los milicianos no podían ir juntos, y así lo había advertido en Castellón.»

### LA PRIMERA JORNADA. SAGUNTO

A las diez de la noche del 25 habían embarcado en sus autocares las dos Compañías de la Comandancia de Castellón. Cada Sección ocupaba un autocar, y los Oficiales de cada Unidad, un coche ligero. Las autoridades locales y grupos republicanos nos alentaban para tomar Teruel. No obstante dejar abandonados a su suerte a esposas e hijos, seguíamos creyendo que la suerte nos acompañaba, puesto que en Levante todo se había perdido.

Se dio la orden de marcha. La 1.<sup>a</sup> Compañía, al mando del Capitán Hernández Blasco, salió en vanguardia; la 3.<sup>a</sup> nos seguía a alguna distancia.

En la entrada de Villarreal tuvimos que parar, porque la carretera se hallaba interceptada por unos carros, unidos por troncos de árboles. A un lado y otro estaban emboscados unos grupos de milicianos. Nos franquearon el paso y continuó la marcha.

Al llegar a Nules nos enteramos de que los milicianos de Castellón, una vez armados, habían seguido su marcha ruta Sagunto.

Raro era el kilómetro de carretera que no tuviese obstáculos y milicianos armados. Aquella vigilancia, día y noche, de las vías de comunicación, no sabíamos si obedecía a órdenes de la Junta Delegada de Valencia o a la iniciativa local de cada pueblo, o a ambas cosas a la vez.

En Chilches, en el cruce de Moncófar, en La Llosa, y en otros lugares hubo que detenerse hasta que nos abriesen paso. En Almenara, último pueblo de la provincia y de mi Línea, la parada fue algo mayor, porque el calor exigía beber agua. Los grupos de milicianos de este pueblo, sin poder contener su entusiasmo al confiar en la lealtad de los guardias «republicanos», pedían que no se hiciesen ni heridos ni prisioneros. Nos hicieron gracia mayormente porque lo decían con su gracejo valenciano. Lo que no podíamos comprender es cómo el género humano podía llegar a tales aberraciones. ¿Podía compagiarse aquello de «matarlos todos» con los consabidos humanismos de las izquierdas y de las cantinelas de «guerra a la guerra»?

Proseguimos la marcha hacia Sagunto. A las doce de la noche llegamos a

la vetusta ciudad del Palancia. Dominando la población seguía erguido el histórico castillo saguntino.

Pues bien; juzgo de interés que nos detengamos un poco en lo que ocurrió en Sagunto. Alojada la fuerza en varias casas para descansar, nos encaminamos los Oficiales al Ayuntamiento, donde saludamos al Delegado especial de Martínez Barrio, don Leonardo Echevarría, según creo recordar, Subsecretario de Agricultura y enviado desde Valencia para seguir los destinos de la comarca saguntina aquellos días.

Poco después entró el diputado a Cortes por Castellón, don Francisco Casas Sala, catalán, perteneciente al partido de Izquierda Republicana.

Tras los saludos de rigor, nos invitaron a una cerveza en la misma Alcaldía, observando pronto que ambos personajes del Frente Popular discrepaban sobre el ejercicio de la autoridad en aquellos momentos. El primero, de palabra fácil y amena, creía que la autoridad en los pueblos debía ser ejercida por los Alcaldes, con arreglo a la ley; y el señor Casas sostenía que el mando debía recaer en los Comités designados por el Frente Popular.

Esta discusión, defendida con los argumentos respectivos, ponía al descubierto el modo de pensar de los dos contendientes. Y a tal punto llegó la discusión, que al fin el Delegado de Valencia aseguró que en los pueblos en que él tenía jurisdicción no habría más autoridad que el Alcalde, de acuerdo con las leyes de la República. Se avino a ello el diputado, pero a condición de que el Alcalde fuese asesorado por los Comités. Sin duda, la tesis sostenida por el diputado se fundaba en lo que prácticamente venía ocurriendo desde el día 18, indicios de que la Constitución y las Leyes en general iban a quedar sin efecto por obra y gracia del comunismo.

Habían sonado ya las veinticuatro horas del día 25, sábado y día de San Jaime. Suponíamos que la feria de Valencia habría sido suspendida, con sus ocho o nueve corridas de toros y su batalla de flores, porque la batalla que se estaba librando era muy distinta.

En Sagunto también se habían cometido desmanes e incendios. Había milicianos que hacían ostentación de sacrílegos robos, enseñando por la calle objetos del culto, lo que sublevaba nuestro ánimo, lo suficiente para que los milicianos dudasen ya de nuestra lealtad «republicana», que ya sospechaban desde Castellón.

Al día siguiente, el 26, se preparó una buena comida en un gran almacén, servida por chicas tocadas con lazos rojos. No obstante el interés que mostraban por atender a los guardias, éstos preferían pagarse la comida en cualquier bar o restaurante, de lo cual se dieron cuenta las milicias.

No había más que un dilema: seguir la marcha hacia Teruel, porque Sagunto era una gran colmena de milicianos armados. Acertamos en el proyecto, porque la utilidad de nuestra sublevación de Puebla fue mucho mayor que una suicida rebelión en Sagunto.

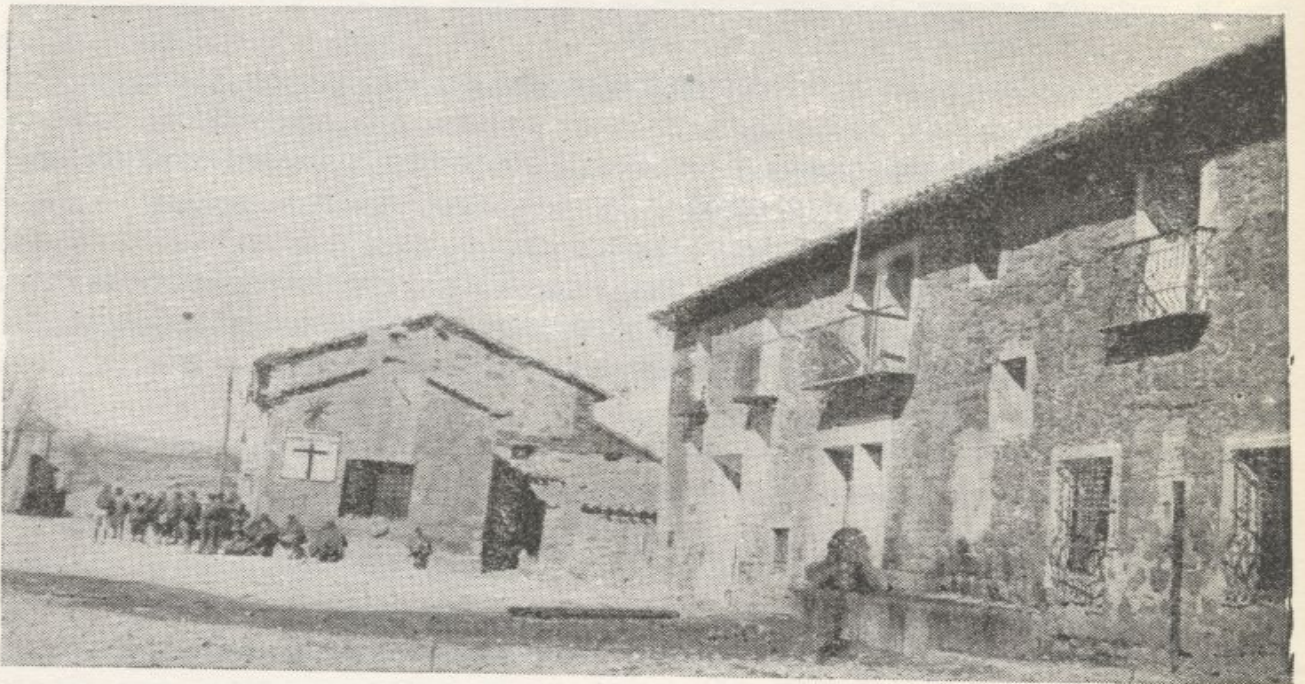
El Comandante ordenó tocar llamada; formaron las Compañías y se fue al comedor. Previamente había aconsejado a los guardias que probasen el arroz y luego se fuesen a comer donde quisiesen. Este fue otro motivo para aumentar la tirantez entre nosotros y los milicianos. Además, el calor era insoportable.

Por la tarde fuimos varios compañeros a ver los Altos Hornos. Por todas partes, muchos grupos de milicianos armados. Se estaban construyendo camiones blindados, de los que ya habían salido otros para los frentes.

En un café de la plaza del Ayuntamiento nos dijeron que, según Radio Valencia, la columna de Puebla de Valverde había tomado Teruel. Era nuestra primera conquista desde 150 kilómetros de distancia.

Por la noche se nos dijo que en vez de salir hacia Teruel, probablemente se regresaría a Castellón, para continuar a la ciudad aragonesa por Morella. No concebíamos este cambio de estrategia. Días después vimos que se debía a la situación del frente de Aragón durante aquellos días.

En la noche del 26 al 27, poco después de acostarnos, llamaron a la oficialidad. Fue, sin duda, una falsa alarma. En el café saludé a los doctores Senís y Candelas, de Castellón, médicos de la columna. También vi al Capitán Cirera, uno de los jefes de milicias; pero lo que más me sorprendió fue ver al locutor de Radio Castellón, señor Rodríguez de Murviedro, al que conocía desde que estuvo al servicio de la Dictadura del General Primo de Rivera. Al preguntarle,



Puebla de Valverde (Teruel). Lugar donde se produjo la sublevación de la Guardia Civil. (Foto del autor.)

me dijo que le habían nombrado administrador de las milicias de la columna. Como apenas podía creerlo, pensé: ¡cosas de la política!

## SEGUNDA JORNADA: SAGUNTO-SEGORBE

A las seis de la mañana del 27 salíamos de Sagunto. Frente al Ayuntamiento formaron las dos Unidades de la Benemérita, al mando de sus Oficiales. Cerca de allí se organizaron los milicianos. Poco antes encontramos en la calle al Coronel, Jefe Militar de la Columna, don Hilario Fernández, a quien conocía de Castellón cuando era Comandante de Carabineros. Al extrañarnos que hubiera aceptado aquel mando, quedó un tanto perplejo. Añadió que estando disponible, por su ascenso, aceptó en Valencia el mando de la misma.

La composición de la columna era esta:

3.<sup>a</sup> Compañía (Vinaroz), Capitán don José Martínez Ibáñez; Tenientes don Juan Bautista Mari Clérigues y don José Bernad Cubero, y los Alféreces don Joaquín Rodríguez Giner y don Benjamín García Benajes. Las clases y tropa eran en total unos ciento diez.

3.<sup>a</sup> Compañía (Vinaroz), Capitán don José Martínez Ibáñez; Tenientes don Baltasar Cortés Persiva y don Guillermo Esteban Guinot, y los Alféreces don Tomás Jarque Marcos y don Vicente Herrera Doñate. La plantilla de clases y tropa era similar a la otra Unidad.

Toda esta fuerza ocupaba doce grandes autobuses, más tres coches ligeros para los Oficiales. Y de la Comandancia de Valencia, Exterior, se incorporaron unos cincuenta guardias y clases, con dos coches, al mando del Sargento Miralles.

Las milicias de Castellón constituían tres grupos, formados en una agrupación o compañía de trescientos hombres armados. Y de Sagunto formaban otra Unidad de unos cien hombres. Todas estas milicias ocupaban otros diez o doce autobuses de Castellón y Valencia. Pero a ellas se unieron otros grupos de los pueblos por donde pasábamos.

Salvo error u omisión, los mandos de las milicias de Castellón eran:

El Capitán Cirera, jefe de la Agrupación de milicianos de Castellón; José Hernández, diputado provincial por Castellón y jefe de la Compañía; Eugenio López, jefe de la Guardia Municipal de Castellón y Ayudante abanderado. Jefes de Agrupación: Peirat, Secretario del partido socialista de la capital, y Santacreu, del partido comunista.

Servicios auxiliares: Rodríguez de Murviedro, funcionario del Estado y locutor de Radio Castellón, como jefe de Intendencia de la columna; los doctores Senís y Candelas, de Castellón, auxiliados de dos practicantes. El diputado Casas Sala, jefe político de la columna, acompañado de tres milicianos catalanes.

Se llevaban también: dos camiones con picos y palas, tres para aprovisionamiento; tres coches de Sanidad y una ambulancia de Segorbe, más otros autobuses y camiones con milicianos de varios pueblos; un camión-tanque de gasolina de la Càmpsa, auxiliado por un Cabo y cuatro individuos de Carabineros, más otros coches ligeros.

Al salir de Sagunto, la fuerza de la Benemérita estaba constituida, pues, por los citados Jefes y Oficiales y unos doscientos setenta clases y guardias. Y las milicias, por unos ochocientos hombres. Los vehículos sumaban unos cuarenta y cinco, entre autobuses, camiones y coches ligeros.

En vanguardia de la columna iba la 1.<sup>a</sup> Compañía, que destacó como extrema vanguardia mi Sección, como Oficial más antiguo. La orden fue llevar marcha de unos cuarenta kilómetros por hora y detenernos en Segorbe. En dirección Sur salimos por la carretera de Valencia, para coger la de Teruel a un kilómetro de la ciudad.

Cerca de la confluencia de dichas carreteras había sido demolido por la República el monumento que perpetuaba la proclamación de Alfonso XII, por Martínez Campos y Dabán. Indudablemente el 29 de diciembre de 1874 no sufría España la profunda crisis del 18 de julio de 1936, aun contando con la venida de Amadeo de Saboya, el asesinato de Prim, el año de la Primera República, que ni Figueras, ni Pi y Margall, ni Salmerón, ni aun el moderno y poeta de la palabra, Castelar, pudieron gobernar.

Lo mismo que nos había ocurrido en la marcha de Castellón a Sagunto, ocurría luego de Sagunto a Segorbe. La carretera estaba obstruida a cada paso; nadie podía circular sin autorización de los Comités. De ahí que llegásemos a las nueve de la mañana, con algún retraso.

Ciudad antigua, Segorbe conservaba todavía su Obispado. Igualmente allí se había saqueado e incendiado. Según decían, se había detenido al Prelado. Al parecer, el Sargento Calderón procuró no abandonar durante la noche del 28 al 29 al jefe marxista de Segorbe, Joaquín Carot, evitando que el señor Obispo fuese maltratado o fusilado.

Nuestro proyecto seguía siendo acercarnos todo lo posible a Teruel, al objeto de que los milicianos no pudiesen recibir refuerzos a tiempo. A tal fin, decíamos a nuestros enlaces, para que lo comunicasen a las tropas, que tuviesen calma y serenidad.

Por Segorbe apenas se veían banderas republicanas. Por todas partes se imponían los gritos de «Viva el comunismo libertario» y «U. H. P.» o «F. A. I.», ahogando los gritos de «Viva la República».

Por la tarde se produjo una alarma. Se nos avisó que por la carretera de Cuenca se acercaban fuerzas. Diose orden de salir hacia Altura. A los pocos minutos se oyó un tiroteo por el campo: eran los milicianos de la columna que se ejercitaban en el tiro.

Poco después vimos que la fuerza que venía de Cuenca era una Compañía

del Cuerpo, mandada por el Capitán Recuerda y los Tenientes Benítez y Carrillo de Albornoz, con un efectivo de unos noventa hombres, ocupando tres o cuatro autobuses. Si ciertamente las fuerzas de la Benemérita aumentaron con dicha Unidad, también los milicianos seguían creciendo en número indeterminado.

Al día siguiente salimos de Segorbe a las cinco de la madrugada, llegando a Barracas a las siete. En Segorbe, un ferroviario nos había dado noticias concretas de la situación en Teruel. Según él, sólo había Guardia Civil y de Asalto, con dos ametralladoras; el puente de Puerto Escandón estaba minado y tenía una guardia de pocos individuos. Otros segadores que bajaban hacia Levante nos dijeron que nuestra columna podría entrar en la capital sin un tiro, por la parte del cementerio, pues sus dos ametralladoras estaban frente a la estación.

Nuestros enlaces nos anunciaron que los milicianos preparaban un atentado contra la Oficialidad. Les aconsejamos siguiesen tranquilos, pero alerta, tanto si atentaban contra un Oficial o contra un guardia.

A menudo los enlaces nos daban noticia de lo que oían o veían en los milicianos; pero ahora nuestra situación era más crítica, porque en Segorbe había quedado la Sección del Alférez García Benajes para guardar el orden. De ahí que temiésemos por la suerte de nuestros compañeros al sublevarnos.

Algunos vecinos de Barracas nos informaron de que días antes pasó por allí un coche ligero, ocupado por tres catalanes armados, en dirección a Teruel, los cuales parecía que se había encontrado muertos a pocos kilómetros del pueblo, cosa que no interesaba a nosotros.

Cuando otros segadores dieron cuenta de hechos en la Zona Nacional, sublevaron la sangre de los milicianos, diciendo uno de ellos a nuestro Comandante que en Barracas no había nada que hacer y en Teruel sí, respondiendo el jefe que aquello debía decirse al Coronel jefe de la columna.

Un avión de Valencia nos acompañaba durante el avance; efectuaba sus reconocimientos y al volver dejaba caer partes de novedades.

Al Comandante Ríos, desgraciadamente enfermo, se le veía muy preocupado. Después de cenar con nosotros, el Capitán de la 1.<sup>a</sup> Compañía y otro Oficial, pidió que no le dejásemos solo, solicitando disciplina y compañerismo, pues de lo contrario tendría que pegarse un tiro. Procuramos calmarle, imponiéndonos a su inquietud. Y es que, desde luego, las circunstancias exigían sosegado temple militar.

Por otro lado, el Coronel era impotente para suavizar la tensión entre guardias y milicianos, así como para prohibir que éstos siguiesen cometiendo atropellos, robos y quemas de iglesias.

La 3.<sup>a</sup> Compañía, la de vanguardia, recibió orden de hacer una exploración por la tarde hasta Sarrión, donde pernoctó. Era el primer pueblo de la provincia de Teruel «conquistado» por la columna. El Gobierno de Madrid y el Delegado

de Valencia quedaron satisfechos de la «operación». Y un avión de reconocimiento, al volver de Teruel, nos arrojó esta proclama:

«Junta Delegada de Gobierno de Valencia. Columna 4.<sup>a</sup>. Servicios de aviación republicana. A los sublevados de Teruel. Están a punto de rendirse los últimos focos de rebeldía. El Gobierno de la República es dueño de la situación. No queráis verter más sangre estérilmente. ¡Rendíos! Enviad emisarios con bandera blanca al encuentro de la columna leal que avanza por la carretera de Valencia, y vuestras vidas serán respetadas. Parlamentad con ella y nuestra benevolencia será con vosotros. Si intentáis resistir seréis castigados inexorablemente y nos obligaréis a bombardear intensamente la población hasta reducirla a escombros. La Junta Delegada de Gobierno en Valencia.»

A la vista de esta proclama y dadas las escasas fuerzas que tenía la ciudad turolense para su defensa, es lógico que la ocupación de Sarrión les tuviese un poco preocupados.